

alistaban con frenesí bajo la bandera de la República para combatir por la Independencia y la Libertad.

El comercio extranjero veía esto impasible y observador: sentía la vergüenza en el rostro, porque allí eran considerados como mexicanos, y la agresión que á éstos se hacía venía envuelta en un principio de filibusterismo que deshonraba su nacionalidad. Aun los mismos españoles, en su mayor parte, se mostraban disgustados, y de su amor á los veracruzanos unos y otros dieron inequívocas pruebas el día que se abrió la campaña.

Un incidente que tuvo lugar el día 8 en la noche, el incendio de la barca "María Concepción," alarmó á la plaza un tanto; pero cuando se conocieron los detalles, la tranquilidad volvió á reinar en la ciudad, triste porque no podía defenderse por mar.

Otro suceso, acaecido dos días después, también vino á excitar los sentimientos de repulsión contra algunos españoles: el espionaje que ejercía, á la sombra de la buena amistad, un comerciante en tabacos, á quien se conocía por el apodo de "Manitas."

V

Como se recordará, la "María Concepción" perteneció á los buques capturados en la noche del 9 al 10 de Marzo de 1860: era uno de los que venían convoyados por la escuadrilla española conduciendo municiones, armamento y pertrechos á las tropas reaccionarias que sitiaban á Veracruz en esos días; y luego que se la ancló al pie del castillo de Ulúa, al costado Sur, se procedió á desarbolarla, convirtiéndola propiamente en "pontón."

No habían transecurrido dos horas desde que la escuadra se guareció en la rada de Antón Lizardo, cuando ya siniestros rumores, partidos de no se sabe dónde, circulaban por la ciudad asegurando que apenas llegada la noche, la "María Concepción" sería reconquistada por las fuerzas navales que aca-

baban de llegar; y tales rumores, seguramente infundados, exaltaron un tanto los ánimos.

La autoridad militar, sin hacer aprecio de estas aseveraciones, dispuso, sin embargo, que la referida embarción fuera destruída, pues no sabiendo á punto fijo cuándo se romperían las hostilidades entre México y las naciones aliadas, bien pudiera suceder que intentara algo el enemigo que teníamos á la vista, luego que el norte le permitiera aproximarse al puerto; y como primer acto de hostilidad tratara de apoderarse de la nave referida. En consecuencia, el Comandante de Marina, Capitán de Fragata, D. Juan E. Foster, recibió la orden de incendiar la referida embarcación.

La circunstancia de haber aflojado un tanto el viento, haciendo practicable con poco peligro la navegación, favoreció el cumplimiento de aquella orden, y entre ocho y ocho y media de la noche la "María Concepción" fué remolcada hasta que varó cerca del baluarte de "Santiago:" allí se le embreó suficientemente, bajo el puente, á proa y á popa: se le colocaron grandes rollos de estopa alquitranada, humedeciéndolos con aguarrás, y á las nueve una inmensa llama que alumbraba de una manera siniestra tanto el mar como la ciudad, llevó la alarma á los habitantes, que en su mayor parte ignoraban de dónde procedía el terrible incendio.

Las gentes corrían, los abarroteros cerraban precipitada y estrepitosamente las puertas de los establecimientos, las tropas se pusieron sobre las armas para prevenir cualquier desorden que pudiese suscitarse, y las piezas del "Caballero Alto" y de "Santiago" se cargaron con proyectiles sólidos para el caso de que el enemigo intentara aproximarse. La "María Concepción" quedó completamente destruída, acallándose los rumores que habían precedido á su destrucción.

VI

El otro incidente fué de un orden muy distinto, y acaeció dos días después, esto es, el 10 de Diciembre.

De tiempo atrás residía en Veracruz un español, hombre de alguna edad, pacífico, tranquilo, de trato amigable y benévolo, que sólo se ocupaba de su comercio de tabacos, á cuyo efecto tenía un "estanquillo" en el Portal de las Flores, ya casi al salir para la plazuela del Muelle. Este individuo, que se había captado la voluntad y el aprecio de todo el mundo, era, sin embargo, un espía.

Con anuencia de las autoridades, siempre que algún buque de su nación arribaba á la "Isla de Sacrificios," hacía viajes periódicos para llevar á su equipaje víveres frescos, legumbres, aves, etc., etc. El día 9, aunque el viento era un tanto pesado, pidió permiso para llevar alguna venta á bordo, y como quiera que por este medio se podría tener alguna noticia, se le dió el permiso, haciendo el viaje con toda felicidad. El día 10 el mar estaba algo más picado, y á pesar de esto intentó un segundo viaje; pero al desatracar el bote, una ola bastante gruesa lo hizo chocar contra la escalinata de piedra volcando los cestos y huacales de víveres, y haciendo saltar una cajita de tabacos que se hizo pedazos contra el pavimento. El patrón del bote notó que de dentro de la referida caja cayó un papel escrito, y al momento se apoderó de él y de "Manitas," entregándolo al Comandante de Marina.

Era una noticia bastante exacta de las fuerzas que había en la plaza, los nombres de los Jefes y oficiales que las mandaban, apreciaciones sobre sus ideas políticas, etc., etc.; era, en fin, el resultado de su espionaje infame, que cometía prevalido del aprecio que se le tenía y de las simpatías de que gozaba. Fué reducido á prisión, juzgado y sentenciado á muerte, cuya sentencia no se verificó porque los sucesos se precipitaron el día 14, día en que debía ser fusilado.

Se le condujo á Perote con el resto del presidio militar el día que se abrió la campaña, y murió en la escandalosa asonada promovida en dicha fortaleza por el Coronel reaccionario Figuerero, dos meses después.

VII

La limpidez del cielo al ocultarse el sol el día 13, y algunas estrellas que empezaron á tachonarlo apenas comenzó la noche, eran claros indicios de que el tiempo había cambiado definitivamente, y que debía esperarse un día magnífico al siguiente. Así fué, en efecto: al amanecer el 14 el mar estaba tranquilo y sosegado, el más ligero soplo no rizaba su superficie, y los rayos del sol naciente, al herirla descomponiéndola en refulgentes prismas, diafanizaban las aguas hasta ver claro su fondo arenoso y límpido.

El movimiento entre la plaza y el fuerte era más activo: desde antes de las primeras horas de la mañana, lanchas, botes y "cachuchas" conducían del segundo á la primera cuanto en él había perteneciente al gobierno; y sólo los soldados esperaban su turno para despedirse de aquellos baluartes, de aquellos reductos, de aquel gigante de granito, fierro y bronce, entre cuyos muros habían corrido durante más de dos centurias, lágrimas de arrepentimiento, ó de impotente rabia, y habían escuchado el melancólico cántico del soldado durante las noches de *servicio*, ó los hondos ayes de desesperación de los sentenciados que allí iban á *cumplir* la condena de la pena que les fuera impuesta por la justicia humana.

En el interior de la ciudad el movimiento era menos activo ya: habíase desnudado su traje de guerra, y los baluartes y los cuarteles aparecían como desiertos: en los primeros no se notaba un solo centinela: en los segundos, la tropa permanecía en las *cuadras*, el fusil en pabellones, al pie de ellos las mochilas: las guardias de prevención con todos los arreos de marcha, y los vigilantes paseándose pausada y silenciosamente al frente de las puertas.

Muchas casas enteramente cerradas, y la escasez de gentes en las calles, demostraban que no pocas familias habían levantado el campo; y bastantes mujeres, ancianos y niños, conduciendo pequeños envoltorios de ropa, ó muebles de uso, hacia el Hospicio, San Agustín, la Escuela Nacional y el patio del "Buen Manejo," indicaban que eran esos los asilos destinados á las familias de los soldados, que no pudiendo acompañarlos quedarían bajo la salvaguardia de la autoridad municipal, hasta tanto se les proporcionaran los medios para abandonarla á su vez.

El Ayuntamiento continuaba en sesión permanente desde hacía dos días, y el Gobernador del Estado y el General en Jefe permanecían en Palacio.

VIII

Como á las diez de la mañana se inició un movimiento repentino, que arrastraba á las gentes en dirección al muelle. El vigía de Ulúa había señalado una embarcación menor que hacía rumbo al puerto, y dos Ayudantes de la plaza se dirigieron á la Comandancia de Marina para dar aviso exacto de lo que ocurriera. Efectivamente, en la dirección indicada veíase una hermosa canoa que venía de Anton Lizardo, llevando á popa el papellón de España y la bandera blanca de "parlamento" á proa. El baluarte de "Santiago" disparó su último cañonazo, y en la fortaleza y en la plaza, y en todos los edificios del Gobierno se izó el pabellón nacional. El General en Jefe envió al muelle dos oficiales de graduación para recibir á los parlamentarios, y acompañarlos, con las formalidades de estilo, al salón donde el Ayuntamiento permanecía en sesión.

Dos apuestos y arrogantes oficiales españoles, de riguroso uniforme, saltaron ligeramente á tierra luego que la canoa atracó al muelle, pidiendo hablar al Jefe de la plaza. Los Jefes mexicanos los colocaron al centro, y escoltados por una multitud de gentes de todas clases, nacionalidades y condi-

ciones, que marchaban en medio del más profundo silencio, los condujeron al Palacio Municipal. La multitud, acrecentada con nuevos curiosos que llegaban de todos los puntos de la ciudad, esperó en la Plaza de Armas, sin osar levantar la voz, pero haciendo comentarios en voz baja: esta actitud de la población debió impresionar favorablemente á los parlamentarios, porque no podían esperarse tal respeto, tantas consideraciones de parte de un pueblo que, allende los mares, era tenido en el concepto de un pueblo incivil y bárbaro.

La conferencia duró pocos minutos, menos de quince: y cuando comenzaron á descender la escalera de Palacio, siempre acompañados de los Ayudantes de la plaza, el pueblo ya no los siguió, sino que, agrupándose más y más al frente del edificio, esperó que se le daría cuenta de lo que había pasado.

Y así sucedió.

Los Generales Uraga y Llave, rodeados de los Generales Osorio, Mora, Ortiz de Zarate y Landero, aparecieron en el balcón del Palacio, y con voz firme y segura, pero que no podía ocultar la emoción que lo dominaba, el Gobernador del Estado manifestó, poco más ó menos, "que aquellos comisionados habían pedido en nombre de España, de Inglaterra y de Francia, la entrega de la plaza, la cual sería bombardeada en caso de resistencia; que en nombre del Gobierno y del pueblo mexicano había protestado contra el in calificable atentado que se cometía contra una nación á la cual no se había declarado previamente la guerra, ni había dado motivo para que se la ultrajara con tamaña agresión;" y por último, que les hizo presente "que no teniendo la plaza ni la fortaleza los elementos necesarios para una defensa vigorosa, las abandonaban sus defensores, no en virtud de la intimación que se le hacía, sino en la de órdenes recibidas anticipadamente del Supremo Gobierno Nacional, único á quien se obedecía, haciendo responsables de los males que acarrearía tan extraño procedimiento, á las potencias en cuyo nombre se

habían presentado, respetándolos el pueblo veracruzano porque comprendía que ninguna responsabilidad recaía sobre ellos.”

Al concluir, el General Uruga, irguiendo su imponente talla, pronunció estas breves palabras con severa y firme entonación, que eran una promesa para el porvenir: “Ahora, compatriotas, cumplamos cada uno con nuestro deber.” Palabras que olvidó tres años después para aliarse al invasor, desmoralizando la lucida y valiente División que tenía á sus órdenes.

El entusiasmo no conoció límites entonces: el pueblo se esparció por calles y plazas prorrumpiendo en atronadores ¡vivas! á la República, *sin que hubiera un solo MUERA para los súbditos de aquellas naciones en cuyo nombre se iniciaba el cobarde atentado que las deshonraba, y que se registra en el presente siglo, contra la autonomía de una nación, pobre, sí, pero no abyecta ni envilecida, como se la juzgaba en el extranjero.*

Las bandas de todos los cuerpos, y las músicas del “Fijo” y de la Guardia Nacional de infantería recorrieron la ciudad, tocando *general* las primeras, y marciales himnos las segundas, y un cuarto de hora después se *pasaba lista* en los cuarteles.....

¡Nadie faltaba! Al contrario, inválidos que se creían útiles, niños que se sentían hombres, y ancianos que, ¡sublimes ilusos! se decían robustos y fuertes, llegaban presurosos para pedir un fusil é ir á defender la patria, allí donde fuera necesario; y multitud de mujeres con semblante airado, que no triste, y en traje de viaje, esperaban afuera el momento del desfile, para marchar ellas también.

¡Oh! ¡Era hermoso, era imponente el espectáculo que la ciudad presentada en aquella hora! ¡Aquellas mujeres acostumbradas á las comodidades de la vida tranquila, siempre alegres y siempre dispuestas á la hospitalidad, no titubeaban un momento en abandonarlo todo: hogar, tranquilidad, porvenir.....! ¡Eran mexicanas, eran veracruzanas, y no podían

ser menos que sus hijos ó hermanos, sus esposos ó sus padres! ¡Patriotas! ¡Eran, en fin, las mismas que en 1860, en medio del bombardeo de los sitiadores, visitaban el recinto para alentar con una sonrisa el entusiasmo de los sitiados!

IX

Casi al reembarcarse los comisionados españoles, apareció en muchas calles de la ciudad un aviso manuscrito, que decía, poco más ó menos, así:

“Los señores jefes y oficiales que no tengan caballos para marchar, pueden concurrir á la Plaza de Armas á las doce del día, y allí se les proveerá de ellos sin retribución alguna.”

¿Quién ó quiénes fueron los autores de este patriótico anuncio? No se supo jamás; pero es lo cierto que á la hora citada se encontraban en el lugar indicado más de cuarenta caballos, algunos de alto precio, convenientemente enjaezados, propiedad de comerciantes y de particulares, que hacían este valioso donativo, generoso y espontáneo, á los oficiales de la guarnición.

Todos fueron aceptados.

X

La orden general extraordinaria de la plaza, la última que en ella había de darse hasta cinco años después, previno que á las seis de la tarde comenzaría la salida de las tropas, abriéndola el Batallón de Infantería Guardia Nacional de Veracruz, al que seguirían sucesivamente la artillería de la propia clase, la permanente, el Fijo, los Rifleros y los Matriculados, cerrándola el 2º Mixto y el Batallón de Tuxpam. El resto del presidio militar con su jefe el Comandante de Batallón D. Juan Galindo Silva, marcharía escoltado por los Cazadores del primer Cuerpo, así como las mujeres de la tropa y algunas piezas de artillería de sitio y plaza que se reservaron hasta última hora.

Desde ese momento, los asistentes de los jefes y oficiales se dirigieron á San Juan de Instancia, conduciendo los caballos y equipo de aquellos: el menaje de los Cuerpos, en los trenes de la vía férrea, debiendo quedar terminada esta operación antes de las seis, para que la tropa pudiera ser transportada á su vez.

A las tres se dió el primer toque de marcha, el segundo á las cuatro y el último poco antes de partir. La ciudad presentaba un nuevo aspecto: hallábase casi desierta. La gente que había quedado libre de servicio militar, y los extranjeros, acudían á los cuarteles para presenciar el desfile de las tropas, las cuales, formadas al frente, se despedían de ellos, para siempre quizás.

En los de la Guardia Nacional, las puertas estaban ya cerradas; y entre aquellos valientes había muchos que dejaban correr las lágrimas, pero notándose en todos la resolución del ciudadano satisfecho de sí mismo, porque cumplía con su deber.

Esa augusta ceremonia militar que impone y conmueve cada vez que se verifica la salida de la bandera para tomar su puesto en el Batallón, fué ahora más augusta y solemne, si cabe. Al aparecer en la puerta del cuartel la del Batallón Guardia Nacional de Infantería para ser recibida por la escolta, flameando su paño al impulso de la suave brisa que soplabá, arrancó un estrepitoso saludo de todos los espectadores, seguido de un profundo silencio: no hubo uno que no se descubriera la cabeza; y al presentarle las armas la tropa, batiendo marcha los tambores y cornetas, y tocando la música el Himno nacional, cada guardia clavó en ella ardiente y tierna mirada, cual si quisiera preservarla de la mirada codiciosa del extranjero invasor.

Aquella bandera llena de gloria durante la campaña de 1847, y durante la Guerra de Reforma, se aprestaba ahora á conquistar nuevos laureles que agregar á su ya brillante historia.

XI

A las seis en punto un cañonazo dió la señal para que se arriara el pabellón de la República.

La voz de mando del Coronel Milán se hizo oír, ordenando formar "por mitades á retaguardia, columna á la derecha;" y ejecutado el movimiento con regularidad y precisión, el corneta de órdenes tocó "izquierda," y el cuerpo emprendió la marcha al bélico sonido de "Los Cangrejos," que ejecutaba su magnífica banda militar. Recorrió las calles de "La Playa" hasta la de "Nava," y de ésta toda la "Principal," "Parroquia," "Santo Domingo" y de la "Merced," para salir por la puerta de este nombre, en cuya puerta se agolpaba la multitud, compacta, en espera de sus deudos ó amigos, para darles el último adios.

Durante su tránsito por las calles que recorrió, las señoras salían á los balcones para despedirse á su vez, y centenares de pañuelos se agitaban en el aire hasta perder de vista á los patriotas expedicionarios; siendo más notables estas demostraciones de afecto al atravesar la calle Principal hasta la de la Merced, donde el comercio todo, los españoles los primeros, salían á las puertas de sus establecimientos para obsequiar con víveres, dinero, puros ó cigarros á soldados y oficiales, entre los cuales contaban numerosos amigos.

La salida á extramuros fué muy difícil: allí hubo abrazos, apretones de manos, sollozos comprimidos del padre ó de la madre, del esposo, de la hija ó del hermano; y cuando las compañías ocuparon los coches de los trenes, cuando el silbato de las locomotoras anunció la salida, y negros y espesos penachos de denso humo coronaron sus chimeneas, haciéndose oír el estridente fragor de las calderas, un ¡viva! inmenso, patriótico, rugiente, pudiera decirse hasta amenazador, partió de los trenes, no sin ser contestado por los que la necesidad ó el imposible obligaban á permanecer en la ciudad para

presenciar lo más duro, doloroso y terrible para todo buen mexicano: la entrega de la plaza á un enemigo asaz orgulloso, que hacía alarde de la fuerza que le daba ventaja y superioridad por el mar.

La Compañía de Cazadores hizo alto y acampó en la Alameda, y puestos los fusiles en pabellones con sus vigilantes respectivos, esperó el regreso de los trenes para otra vez decir adios y abandonar la ciudad querida, escoltando á la artillería y al presidio que debían trasladarse á marchas dobles hasta "Corral Falso," donde se había comenzado ya á levantar el campo retrincherado de la primera División del Ejército de Oriente.

XII

Durante toda la noche y el siguiente día, 15, los trenes no cesaron de conducir el resto de las tropas, quedando desocupada la plaza y la fortaleza ese mismo día.

El Ayuntamiento quedó en su puesto para hacer la entrega, como lo verificó el 18, retirándose casi todos sus miembros á Jalapa para presentarse al Gobierno del Estado, á fin de continuar utilizando sus servicios como lo tuviera por conveniente.

Así pues, el día 18, en las primeras horas de la mañana, tomó posesión de la plaza el Brigadier español Gazzett, cuyo segundo, de apellido Rubalcaba, era de origen mexicano, en nombre de las potencias aliadas, siendo su primera diligencia la de formar un ayuntamiento con gentes á propósito para que las auxiliara en sus liberticidas planes.

A su frente se puso D. Manuel María Serrano, de antigua y distinguida familia de Veracruz, perfecto caballero, pero cuyas ideas se asimilaban perfectamente con las de los que fueron á Europa á vender al mejor postor la independencia de México.

El Brigadier Gazzett, al notar la escasez de hombres, preguntó al presidente de la nueva Corporación Municipal:

—¿No hay sino viejos y muchachos en esta ciudad?

—Señor,—contestó aquel, rojo de vergüenza,—muchas mujeres, los hombres y los jóvenes se han marchado á la campaña.....

¡Triste principio de un nuevo orden de cosas en el que, entre los hombres que figuraban de alguna manera en la ciudad, se contaban *un presidiario cumplido, un traidor y un lenón!*

XIII

Tal fué el primer episodio de la guerra de Intervención, cuyos agentes en México, después de enarbolar al lado de la bandera del tercer Napoleón, la que en Zaragoza humilló al Gran Emperador, y la que en Waterloo hundió al primer Imperio, se pusieron en perfecto desacuerdo, abandonando dos de ellos la temeraria empresa, porque no podían alterar, sin deshonorarse, con el representante de aquella Francia que sin pudor ninguno pisoteaba la firma con que había firmado los "Tratados de la Soledad," cuando aun quería engañar á sus colegas haciéndolos cómplices de los insensatos designios del hombre más funesto á los destinos de la caduca Europa.